CONVALECENCIA

Daniel Iván

Convalecencia

poemas en transición

por Daniel Iván

…Nada me ampara sino la lealtad

a mi confusión.

José Emilio Pacheco.

…Por eso considero

que es a mí, enfermo perenne,

a quien corresponde curar a todos los médicos

—que han nacido médicos por insuficiencia de enfermedad…

Antonin Artaud.

Pues la belleza de belleza muere, y el valer de valer,

y los viejos rasgos se confunden.

William Butler Yeats.

¡No quiero morir! ¡No quiero morir! ¡Que la pasión sea condenada!

Charles Bukowski.

Para el Diablo.

Para la nada.

Y para Dios.

Enfermedades de las que

estoy convaleciente.

Odas de Vencido

Yo no importo nada, soy, en efecto,
prescindible, como prescindible es el sol
en su significación mundana, en su mudo
empeño circular, en su calor comunal.

Yo no pretendo nada, soy el inútil
palpitar de un afán que genera
el llamado de eso que llamamos generar;
generación de mil nombres, afán de años.

Yo no guardo nada para mí, he dejado
que hagan de mí valuarte, tesoro en cofre,
futuro cuando el tiempo pinta mi cabeza
con el pelo entrecano de la adultez.

Yo no significo nada, soy tropiezo,
soy pierna rota en la carrera cotidiana,
encierro ofensivo de un hombre entero
que se sabía libre, que se presentía libre.

Yo no espero nada, la espera marca
en mi rostro arrugas seniles, dudas,

cuitas por una vida que me obliga

a dejar caer odas de vencido.

Yo no dejo rastro, no soy ángel,

no soy tigre astuto y cazador, no forjo,

ni fumo en pipa sueños de niño,

ni me estremezco cuando llega tu sexo.

Yo no amo, y si amo por accidente

puedes decir que fue casual en mí

el frugal embiste de la vida.

Panorámica de ciudad

Viejos terrenos. Cementerios. Osarios.
La flacidez del tiempo propicio para el recuerdo.
Horas en las horas, minutos cautivos en el correr
cauto y perpetuo de los minutos. Asombroso.

Hombres que aman hombres. Hombres hambrientos
de sangre. Vampiros en aparadores apagados.
Cuando el festín muere y se hace duro, muralla
para atrapar animales, es cuando más animales somos.

¡Qué pequeño, el recuerdo de la arritmia pequeña
que a los viejos apaga, que sus ojos marchita!
La virgen María mete clientes a un hotel oscuro,
les roba la cartera y los manda al cielo a cuchilladas.

Los autos van pregonando el nombre de la arpía:
¡ciudad, ciudad!, gritan los pobres hombres
que disparan balas desde los techos húmedos,
pertrechados en tinacos secos, jubilados.

El mal le paga pensión al bien, traficantes guapos
van tirando hojas de periódico con noticias,

van anunciando matanzas, indígenas a la baja
en la bolsa de valores, el dólar que te ahorca

Y te condena a muerte.

Hay un hombre subido en un auto que ignora
que la lluvia en que se desangra el cielo no es nada
sino el significado de un nombre que hasta ayer
significaba patria, valuarte de los condenados.

Mi patria significa la menstruación de un mundo
que no sabe que mi patria en verdad existe.

Poema de la selva

Silencio que estalla en verdor.

Altas enramadas del terrorista.

Cuando estaba en la escuela,

parco niño aprendiendo de los hombres,

alguien dijo que tú, tu sombra

y tu arrebato asesino eran

la chingada madre del gobierno.

El chingado Ché Guevara que venía.

Silencio que estalla en pasamontañas.

Indígenas que mueren violentos

para no seguir sobreviviendo de violencia.

Mirando vampiros

El rumiar de las máquinas del tiempo
nos espanta, y nuestros ojos gélidos
se entiesan de hielo y silencios perpetuos
cuando nos miramos y nos reconocemos vivos.

Vivos nos hundimos, como barcos heridos;
vivos y múltiples nos miramos en las calles;
vivos, irremediablemente vivos, sobrevivientes
vivos de esa vida que sólo sabe ser la muerte.

Nuestros núbiles despojos quisieran ser
de marmóreas estatuas el espejo;
nuestro amor de niños quisiera ser eterno
para mirar para siempre el fin siempre inminente.

Pobres, patéticos, incrédulos, indefensos, soñando vampiros;
imbéciles, inútiles, vacuos, sucios, desdeñosos vampiros.
Quisiéramos ser sapiencia y relato, enumerando vampiros,
mientras los vampiros nos miran, derrotados, mirando vampiros.

Significado

Muerte es la madurez de las cosas

dijo una cosa muerta con disfraz de anciana;

Muerte es principio eterno y generoso

dijo un Dios cabalgando en guerras carniceras;

Muerte es tu sangre y es tu semen

dijo una prostituta muerta atada a una cama;

Muerte eres tú, únicamente tú

dijo el traidor, y enterró su cuchillo en mí.

Égloga del carnicero

Frágil y cuchillo en mano, amenazante,
se pasea por las altas colinas de su odio
el amoroso carnicero que a los hombres sirve.

Va buscando al culpable del sangrado
infame y doloroso de su alma, que gozaba,
antes, de la visión de cualquier gota de sangre.

Sus ojos se pierden en la campiña, buscando,
con sus parpadeos de rabia y hambre, a ese
que traicionó la arcana lealtad de los rebaños.

Pero, aún en su tormenta, sabe agradecer
a Dios su oficio que aniquila con espada,
pues será de esa espada de la que forje su venganza.

Frágil y pasión en mano, relumbrante,
regresa el carnicero por la vereda;
y la dulce sonrisa le brilla, claro, con sangre de hombre.

Amores sin nombre

Relájate, dijo él, prendiendo fuego; necesito alguna información.

¿Qué clase de información?, preguntó ella, como si en verdad ignorara

que el amor se hace de informar mutuamente al enemigo,

y deslizó su vestido carmesí por encima de su cabeza

dejando expuestos sus senos pálidos y helados, como de muerta,

atrapados en el sujetador sucio de días y embriaguez.

Él recordaba muertos, y ella parecía una de ellos.

Como si los muertos fueran una familia, y ella les perteneciera.

Como si la muerte pudiera ser un estigma y pudiera ser joven, como ella.

Tal vez debamos salir fuera, a buscar la calle; algo qué comer, dijo él

y paseó la punta de su cigarrillo encendido por entre sus barbas.

Yo no como, dijo ella, y se señaló las costillas que, desafiantes

como los custodios de su corazón, se asomaban bajo sus senos.

¡Crick!, sonaban las barbas al ser quemadas por el cigarrillo.

Bueno, continuó ella, ¿porqué no salir un rato?, podríamos encontrar

algo, algo en una banqueta, algo en una ventana, algo en la barra del bar.

No comes pero sí bebes, afirmó él, como reprochando...

y la miró meterse de nueva cuenta en el vestido, como si su desnudez

anterior hubiera sido una promesa incumplida; la promesa del placer,

que era por la que ambos habían llegado tan lejos.

Y salieron del cuarto —uno de hotel, o uno en un viejo edificio de apartamentos

apolillados, con olor a orina de gatos blancos y a cocina de abuela muerta,

o uno en los parajes sin sospecha de la ciudad vejada de odio y años—

tomados de la mano, como dos niños que temen perderse

pero que a la vez, en su ignorancia, ya están perdidos.

La banqueta, insigne compañera de andanzas y vendimias,

recibía sus pasos con la paciencia del que se sabe destinado fatalmente

a recibirlos; avanzaban con el rumbo sabido de antemano, hacia un bar

que era todos los bares en su vida. Todas las tristezas en su vida.

Bienvenidos, dijo el cantinero, que nunca los había visto venir.

Vodka y tonic, pidió él, con el mal sabor de boca metido en el centro

de los huesos. Tequila, pidió ella, y le sonrió al hombre detrás de la barra.

Él nunca se daba cuenta de las sonrisas, esas tenues aves perdidas

que rebotaban en el fondo de espejos de su inusual negocio de nostalgia.

Parecía que aquella noche nadie quería verlos.

Nadie quería retribuirles el amor que mutuamente se negaban.

Porque el amor es anónimo cuando se convierte.

Porque el amor es anónimo cuando apenas es promesa.

Porque el amor es anónimo cuando se calla y cuando se proclama a gritos.

Ahora decide qué haremos con estos dos, viejo voyeur que miras.

Recuerda que están metidos en la barra del bar, Vodka y Tequila que se mezclan.

Recuerda que tal vez necesiten un final y un nombre para poner en su tumba compartida…

Porque alguien les convenció de que se aman, y querrán llegar hasta la tumba.

Escrutinio

Crecen las agujas del reloj

como crecen tiempo y distancia;

crece el temor, crece la espera,

y la espera silente se subraya.

La mujer se coge los labios

para sellarlos, para apagarlos,

para no decir nunca más los números

ni las ecuaciones patéticas del alma.

El ritmo de la luz, y el destino

de la luz, y la sombra de la luz

que en sí misma se contradice,

dicen mucho y en un segundo nada dicen.

Se agitan banderas en el estandarte

ominoso del espíritu, que nada sabe

de banderas ni de nombres;

espíritu que hace de luna brisa

y de mar estela, cautela de mil años

que son apenas centímetros del infierno,

que avanzan por milagro

y no avanzan en absoluto.

Crecen los brazos adustos del tiempo

en el cuerpo de un delito anónimo,

en el vientre de una madre sin vocación,

en el alba de un mañana que no amanece.

Y brota el sol, y brota la sangre,

y brota el subterráneo candor del deseo;

adolescencia que se agita en la gris materia

de una mortaja, de un luto, de un adiós perpetuo.

Nuestros muertos han olvidado que aún respiran.

Nuestros muertos han olvidado el escrutinio

febril y antiguo de su desviación vidente.

Nuestros muertos ya no son nuestros, ni están muertos.

Apenas comienza a agitarse el día,

apenas son el sol mentira y la luna nostalgia,

y las barcas salen, dejando el puerto

pletórico de abandono, pletórico de silencio.

He visto el cielo y he visto a Dios;

mis ojos son el saber de una fiebre asesina;

y nada sabe mi alma de cura o de consuelo,

pero, ¡quién desea consuelo cuando se puede desear la muerte!

Crece mi amor, como crecen las miradas.

Con deseo, con lascivia, con pecado.

Crece mi amor, y se aleja,

y muere cuando llega el momento.

Abigail

Abigail saliendo, arrastrándose, el sol en sus manos, abigail, abigail, eterna y dulce abigail, rozando, temiendo eternidades en los pechos de abigail, abigail crucificada, abigail mirando a su hijo crucificado, abigail lamiendo sus heridas como un gato carnívoro, un gato cuya antropofagia sólo le alcanza para sí mismo, abigail con las tetas marcadas de leche, temiendo eternidades en sus pechos duros, abigail altiva en la exigua presencia de sus orgasmos, ¿orgasmos has dicho?, pregunta ella, y alza la ceja, abigail alzando la ceja y diciéndome ¡no hay orgasmos, poeta!, ¿porqué no vienes y me la chupas un poquito?, abigail encaramada en los polvosos espacios de un sueño, abigail que a veces ya no sabe ser abigail, abigail tiñendo sus cabellos de un rojo pálido, un rubio encendido, abigail encaramada en los polvosos linderos de un sueño que ha dejado de ser suyo, abigail clava las llagas de la resaca en el tibio verdor de su inocencia, quisiera ser alcohólica para ser algo, abigail se empina la botella, botella que no es abigail ni es nada, insignificancia y reposo de la insignificancia, significado de la insignificancia misma, tal vez, abigail se saca los pechos temiendo eternidades en ellos, y los deja caer como vencidos, como dejando caer la noche, y la leche escurre de ellos, pálida y fría sangre que alimenta a los nonatos, ahuyenta a los vampiros con el bamboleo de sus pechos, y sus pechos sonríen sabiéndose eternos.

Y los cabellos caen, y la piel sonríe.

Abigail se hace de noche, abigail obscurece, entenebreciendo sus ojos tenebrosos desde antes, abigail se confunde entre las nubes errabundas de la noche, abigail sube a decirle a dios cosas que sólo ella sabe, cosas que inventa, cosas que crea para él, y él le sonríe, abigail le enseña su cosita a dios y dios se la chupa con lentitud, con lentitud de milenios encaramados en su lengua, abigail se viene, orgasmo terreno, y vuelve a la tierra.

Abigail ha aprendido a sonreír a la provocación, y seduce como niña, abigail ha aprendido que los resabios de su pasión no son sino diamantinos intentos por hacerse mujer, abigail abre los ojos frente a su espejo y se descubre mujer de siglos, mujer de eternidades.

Y le sonríe a su amado.

Porque abigail ha comenzado a hacer el amor, y la noche alegre le responde.

Estando

Por la noche, estamos embriagados del brindis de las cosas.

Por Dios, estamos embriagados del vaivén de los elementos.

Por la hilaridad, nos embriagamos de odios.

Por Dios, estamos embriagados de alegrías furtivas

y de odios

y de manes en agonía.

Por la geometría, estamos escupiendo símbolos

que comparten sus orígenes y el

círculo concéntrico.

Por Dios, estamos siendo títeres sin forma,

sin centro, distantes en una lejanía

que nos hacina.

Por el silencio, gritamos con las manos y

corremos con los ojos descarnados de nuestra

magia, de nuestra alquimia.

Por Dios, estamos embriagados de la sal,

de los mares, de las minas, de las piedras.

Por Dios que no sé porqué estamos.

Por Dios que no sé porqué no dejamos de estar.

Fe

Sobre las nubes está dios. Bien. Es incontrovertible. Tienes qué creerlo, si no quieres vivir tu vida con el estigma del que no cree en ese más allá de nubes.

Joderlos a todos, viejo. Abrirlos de par en par, con tu cuchillo. Joderlos a todos. Aventarles semen en la boca sin que ellos lo sepan, pobres infelices; aventarles vellos púbicos en lo que comen, sin que ellos se den cuenta.

La mujer va recogiendo monedas que cayeron de su monedero

afgano —viene de una guerra.

La mujer va recogiendo el alma que se le va cayendo

a los charcos en la calle

a los cementerios en la calle

a los rescoldos de la vida que la calle adornan.

Joderlos. Joderlos.

Y sonríe, el hombre,

y es como si sonriera Dios

y dijera, escupiendo al piso:

esto que he creado es bueno.

Esto que he fraguado es bueno.

Este plan es bueno.

Esta muerte es buena.

Hay que joderlos.

Arlequín

Cuando mis ojos eran

el tenue llanto de la ignorancia,

rogaba por llegar

a tiempo.

Manos pequeñas en guerra,

mientras en la vista privilegiada

de mis pocos años

se hablaba a hurtadillas.

Era de mí la esperanza;

era un metódico demonio;

era danza quebradiza

de un futuro postergado.

Se aleja hoy, en mi muerte insinuada,

de mi lado la letanía;

es fuego y es cristal,

es ambos y es viceversa;

saliente ignorada de la luna;

amante demorada en el arribo.

Cuando mis ojos eran

candor y vino hirviente,

cuando era yo el amanecer

azul del destino nebuloso,

Era el mío, por supuesto,

y era el de mil extraños

que en mí esperaban su respuesta;

amargo reproche de una culpa ajena;

Porque cuando era

lo dejaba a la deriva;

el blanco arraigo de mis dientes,

el golpeteo frío de mi corazón,

la sonrisa cenicienta,

el fuete para la bestia,

la promesa y el todo prometido,

el fragor de la refriega… y sus llamas,

la oscilante fuga de la balanza,

el amor sucio de mi madre,

la lejana ofensa de su teta henchida,

el horror de ser un inventor de miedos

En el clóset entreabierto,

en la cama húmeda de orín,

en el silencio de las máquinas,

en la máquina de silencio —aquel hambriento

y vil y viejo muñeco de peluche—;

en el alivio de ser un arlequín.

Tan niño como un Dios

que esperamos desde hace tiempo;

Tan pequeño como un clavo

sosteniendo las aguas infinitas,

sosteniendo el blanco y el negro.

Cuando mis ojos eran

del mar el espacio insuficiente,

entonces, y sólo entonces,

renacía de vez en vez.

Cáustico Hogar Peligro Sirena

Vieja Estrella Pelirroja Serena

Llagado Estado Policía Verbigracia

Pertrechos Inusuales Ceniza Desgracia

Y La Santa Inquisidora Que Dormita.

Niñas en jaulas

Me da gusto ver a las niñas en jaulas,

con las fauces de sus pequeñas lujurias

restregándose obscenas en la palidez de los barrotes.

A veces miro en silencio sus llantos

y soy vidente indeseable de sus lágrimas vanas

que caen al piso de su celda convirtiéndose

en un diamante apenas gustoso, apenas pecaminoso.

Me da gusto ver a las niñas en jaulas,

dejando caer sus jugos en lívidas cataratas,

en ríos de infernal contento, de saciedad;

a ratos veo cómo se acercan a ellas

esos otros, los hombres, y ofrecen con sonrisas

nuevas medidas de opresión, nuevas medidas

para la sinfonía bufa de la perpetuidad.

Me da gusto ver a las niñas en jaulas,

volando en círculos, estrellándose en el yerro

de su desesperado escape sin frutos.

De vez en cuando contemplo sus heridas

que son como mandíbulas hambrientas, como cenizas

de explosiones que apenas deseadas

ocurrieron, trágicas, sin dejar rastro.

Me da gusto ver a las niñas en jaulas,

pero al dejar de verlas, me doblega el instinto

de estirar la mano esperando otros quebrantos;

alguna vez llegó a mi palma una libre, una volando,

y miró en mis ojos y sonrió en mi sonrisa;

pero al verme tan pobre de odio, tan pobre de escarnio,

voló para buscar algún otro que una jaula le inventara.

Me da gusto ver a las niñas en jaulas

tan lejanas al frío de mi órbita…

tan ajenas a la jaula que es mi paisaje.

Conjuro

Braman los tambores de guerra, qué te ocurre a ti
Braman los tambores de guerra, estás ardiendo
Braman los tambores de guerra, en el infierno que te pertenece
Braman los tambores de guerra, y qué curioso que ellos rían
Braman los tambores de guerra, qué curioso qué curioso.

Algunos ríen mostrando los dientes, así,
como las bestias en la nebulosa selva del norte
donde los hombres visten piel de hombre,
al amparo de la ley, al amparo del desorden,
del arbitrio, del asentimiento, de la complicidad.

Braman los tambores de guerra, la madre muere en la hamaca
Braman los tambores de guerra, donde suelen hacerse el amor y el pecado
Braman los tambores de guerra, los padres los hijos y la muerte misma
Braman los tambores de guerra, que a veces ama y a veces olvida
Braman los tambores de guerra, como dice el conjuro de los demonios.

Amor y pecado, tal vez ambos la misma cosa, así,
como las bestias que son asesinas y adorno de la selva
donde los hombres corren a adornarse las testas vacías,
donde los hombres culpan a Dios de su desgracia,

y donde Dios mismo puede no reconocerse.

Braman los tambores de guerra y sangre: la selva ha desaparecido.

Braman los tambores de guerra y sangre: el mundo es una sombra.

Braman los tambores de guerra y sangre: el corazón de Dios está a mitad de la batalla.

Braman los tambores de guerra y sangre: cielo y mares son lágrimas de amargura.

Braman los tambores de guerra y sangre: el amor es un ciclo sin respuesta.

Y al avanzar en el salitre, voy muriendo un poco.

Como muchos, yo aún tengo imágenes del conjuro.

Verbena

Juego que viene de los astros,

ajuar de una novia adormilada.

La verbena es el hervor de sangre

de mil y un años cautiva,

de mil y una noches en vela

con el fragor de las urgencias entre los muslos

y el caldo sacramental

pudriéndose en la vulva.

Soy una dama de celo y vidrio.

Vómito

…podría decirse que antes que la poesía pueda ser

otra vez humana, debe aprender a ser brutal.

John Synge.

Para Allen Ginsberg, difunto.

Huesos, pecado carnívoro;
ellos quieren joder con la princesa
y cavan en vírgenes sepulcros.
    El himen es
    calavera a perpetuidad
    un escupitajo negro
    una alegoría de sangre
    en el cementerio.
Llagados promontorios,
tumbas al ras de la nación;
teta que mana de la leche,
leche que mana de la verga
insípida de los ángeles.
    ¡Tiempo!
    Relojes que caminan
    a contra corriente
    mientras la balsa de los hombres

dormita en la calma chicha

del prurito de un borracho.

El padrote escribe largas cartas

a la monja, al convento;

señor creador, ya vamos

a tu encuentro, ya vamos,

esperamos joderte,

y basta saber que nunca

nos has esperado

para apretar el paso.

Para llegar a tiempo.

¡Tiempo!

¡El tiempo no es la CIA!

Sonríe con las cabezas cautivas

de varios demonios propicios.

No es, nunca ha sido, mierda.

Ya vamos, y es rápido

el vaivén de los retenes.

Nos buscan droga.

Nos buscan por traición.

Nos buscan por tiempo.

¡Tiempo!

¡Y huesos que la venganza vomita!

Cuando muero

Caen mis ojos, dejándose llevar
por el incierto horario del desvelo.

¿Es este ensayo de la muerte
lo que he esperado aquí, tan quieto?

Las líquidas llamas del hogar
braman sus oraciones por el muerto

y acusan indignadas la buena suerte
con que corre el objeto de este yerro.

No es nada más que un salar
la carne, un levantar el triste velo.

No es otra cosa que el golpe fuerte;
el arcángel cuidándonos con celo.

Invicto

Para halar la cortina,

el velamen de la herida,

no hace falta más que un día

y tiempo para huir.

He inventado un nuevo escarnio:

mujer abierta de piernas

sobre mi cama; prisión de espejos

para sueños reflejados, para sueños sin reflejo.

Inventamos el universo

para no inventar

nuestra alma, para no vernos

en los verdes dientes del Señor.

Tengo que descifrar

el jeroglífico lunar

de esta cuarentena abovedada;

de este intermedio repentino.

Dios ha bendecido

de mi maldición la altura:

ya no sueño,

sueño es niebla;

ya no espero,

espera es licor

saliva de ángel

que no sabe sino a nada.

Invitemos a nuestros

siniestros hermanos a la guerra.

Llamemos sutil ramera

a la brutal putería de nuestra vida.

Ya no es infinito lo que tengo

en esta llaga del costado.

Ya no soy yo lo que miro

cuando miro hacia ningún lado.

La caricia se ha hecho

una muerte lamentada,

la locura de una saliente,

de un arcano, un precipicio.

Dar el paso:

¿ya no es vacío

lo que vacío anhelo?

Puedo abrir los brazos
verdes y llameantes de un cadáver.
Puedo esperar una mujer
y su regalo de herrumbre y brevedad.

Tengo posibilidades infinitas;
soy página
y soy escapulario;
ya no guardo el vacío prometido.

Llama agitada por el viento:
el incendio de la palabra
nunca fue una amarga broma.
Tengo que pagar el precio.

Enciérrennos en prisiones,
dejen que de la calle nos bendiga
la dolorosa lejanía.
Tengo una avenida llena de rameras

en el sucio corazón.

¿Y no era esto?

No, no lo era.

¿De qué ha servido

ser vencido cuando niño?

¿No era esto?

No, no lo era.

Duele la batalla

silenciosa de ser la ausencia.

Espero en mi asiento

que vengan a mí las armas

de carne y metal extremo

con las que esperan

darme guerra.

Que les dé guerra.

El plazo se ha vencido.

Es media noche en mi albedrío

y la condena era el medio día.

Es el destino inverso de las cosas.

Aprendemos que las cosas

no tienen destino ni sentido figurado.

La sustancia no es significado

sino hasta que se deshace entre los dedos.

He aprendido a relajarme.

Tengo el pene erecto

y me lo chupo con los labios

del viento que en mi atmósfera

es tortura.

¡Qué alto el perfume

de los llagados perdedores!

¡Qué angélico el pretexto

de la noche que no viene!

Llamamos, llamo, es inmenso;

y no tengo sino muerte, eterna,

para responder al desafío.

Nadie responde a mi herejía.

Abrimos los brazos para recibirlo.

Y los ojos y la boca, para ser testigos.

¡Aún estoy invicto, aún estoy sin mancha!

¡Y qué grande es la mácula que espero!

El plazo se ha vencido.

Pero sigo ignorando el término.

Cuando un hombre pide complejidad, sólo deja ver cuán incapaz, cuán rancio, vacuo y perplejo es su corazón.

Inventar un rostro

Ha estallado en llamas la sonrisa del guardia,

angélico invento que hasta ayer me cuidaba.

Ya no es de agua el resurgimiento del día

y la estría en el vientre ya no es de advenimiento.

Le he propuesto a mi esquivo amor,

a ese dios que de lejano me aniquila,

inventar un rostro, uno solo y sustantivo,

para todos aquellos que en nuestro mutuo desconocimiento

hemos ido olvidando.

Yage

Destrozo en un cuarto.

Agentes del gobierno.

Un auto cruza la avenida.

Es la sangre de Dios

que nos acosa en el arribo.

Llegamos a puerto.

La tripulación ha desaparecido.

No es sino aviso perpetuo

de una ausencia que nos vacía.

¿A quién espero, a quién revelará

mi espera en la espera que es eterna?

He olvidado del significado

el fragor de las corrientes subterráneas.

El pavoroso doble sentido

que se desdobla en mentira.

Es el ala del vampiro

que nos promete vuelo y caída.

Estrépito de lo no sentido;

testimonio de lo vivido en presencia ajena.

Destrozo en un cuarto.

Es hora de recoger cadáveres.

Es hora de ocupar la tumba compartida.

Oficio compartido

En el ocaso

Debe uno dejar crecer las uñas por quince días.

Finas garras de alabastro.

Arrancar del lecho, con el brutal

Encomio de lo dulce, a un doncel imberbe

De distantes ojos azorados.

Engañarle con ternura

Y luego desgarrarle el pecho de mármol,

Sin quitarle la esperanza de estar vivo;

Sin quitarte la esperanza de su miseria.

Y es la sangre

Estelar corona para tu hambre.

Y son sus lágrimas

Estrella y recuerdo infausto de la estrella.

¿Has visto sangre en tus dedos?

¿Has llevado esa promesa a tu boca?

¿Has visto lágrimas en tus ojos?

¿Has llevado la pletórica copa de tus manos,

Anegada de esa sal infortunada, a tu boca?

Sabor a nada, al vinagre de la noche.

Sabor a mujer liviana de amor.

Sabor a adolescente

Sin traición y sin mujer.

Vivir ignorando de la amistad el nombre;

Ignorar el amor y su humano advenimiento.

En el ocaso

Alimentarse confiadamente de la sal

Y el río carmesí.

Vendar los ojos

Y arrancar la carne durante horas fatuas;

Gritos sin tiempo.

Engañarle con ternura;

Fingir que nuestra furia viene a rescatarle

De nuestra furia.

Desatar sus manos.

Devolver la vista a sus ojos sin órbita.

Libarle con ternura.

Estoy rogando tu perdón.

Estoy llegando a ti como Dios;

Siempre tardío, siempre con el frío atavío

Del consuelo, la caricia victimaria.

Dulce niño llagado de crueldad,

¿Quién pudo coronarte con este crimen?

¿Quién pudo hacer amor de tu desdicha?

Mueren las cosas que amas

En este exceso apenas simulado.

En el ocaso

Ya no saber

De mal y bien.

Alcanzar el infinito con la insania.

Llegar al vacío cuando estamos llenos de rabia.

Mal y bien en la trenza celeste:

Salven lo que de mí quede en el día del juicio.

Estoy rogando tu perdón:

He sido yo quien ha bendecido tus despojos.

He enfermado, de instinto,

Del críptico cantar de la transgresión.

Sufro contigo y

Estoy rogando tu perdón

En este oficio compartido.

Dejemos esta fugaz presencia;

Besemos la eternidad de nuestro beso.

Completa el castigo en mí:

Cruza mi pecho con la espada de tu corazón.

Esa espada en llamas.

En el ocaso

Desgárrame sin tregua con los dientes

Y con las uñas de quince días de encierro.

Abalorios

De guirnalda te esperan en mi entraña;

Ofrenda y holocausto.

Sufriremos

Ambos, en el lecho de la víctima y el verdugo;

Bocas unidas, recíproca eternidad que se une.

Sigue el consejo,

Pequeño dragón de oro

Y ojos de azul perpetuo.

Que suceda a pesar tuyo:

Haz real mi felicidad ficticia.

En el ocaso, hablar…

Y hacer daño a un ser humano

Y ser amado por él:

Perfecta dicha de asesinos.

Llevarle a un hospital

Y curarle con brío;

Ser un héroe frío

En la ruda batalla de la muerte.

¡Oh tú, cuyo nombre

Es la santidad del crimen,

Sé que perdonas

Con frágiles medidas de Universo!

¡Pero yo soy un frío héroe

Vivo, todavía!

¡Vivo, todavía!

Basado en un fragmento de Los Cantos De Maldoror, de Comte de Lautreamont. Musicalizado por Marco Itzamná para Ixtab — Entero e Invicto; el mal y su palabra, exploración 1.

¿Motivos?

Porque la vida es el retraso

la postergación

corto alcance renovado.

Porque el alma es una asfixia

llaga en el costado

crucifixión que retribuye.

Porque tengo eternidad

cuando lo único que tengo

es un último segundo.

Porque mi voz es la ausencia

cáustica llamarada

diáfana espera en un reloj de arena.

Porque la mortaja es, y ya no tiene tiempo.

Fuego

He abrevado

en esos magnetos de seda.

La savia

inoperante.

La llamarada

que muere en el último estertor

que la aviva.

25

Mi agua está bebida

y ya no hay protección.

Angustias venideras

tocan a la puerta.

Se la he chupado a mi hermano.

Me he masturbado con las pantaletas

de mi madre.

He cantado el blues

aún cuando siempre he desconocido la tristeza.

Quemé mis naves

y mi agua está bebida.

Ayer metí mi lengua en la boca de mi prima

—hija de la hermana de mi madre;

y lo digo sólo por si acaso—,

y ella ensalivó mi cara con su efluvios

de rosa y sangre

y me enseñó sus guapas pantis azules.

Fumó un cigarrillo de yerba y sombra.

Contó números.

Mi agua está bebida

y me creo derrotado.

Sólo por unos minutos;

mierda.

He seguido el paso de los años

algunas veces.

Y otras no.

El bosque de empalados

Para Vlad.

Soy el brillo de la Babilonia colgante
y el triunfo enfermo de la alargada justicia.
Claman en mí todas las torturas
y todos los deseos de intactos pecadores.

Mando un mensaje a mis enemigos:
pongan el culo contra la pared
y sonrían, si para eso les alcanza el miedo.
Recuerden rezar mirando hacia la Meca
de rodillas.

Bajar la guardia

Ellos quieren tu voto.

Ellos quieren tus sonrisas

y un litro distante de tu llanto.

Ellos quieren tu verga y los labios rotos de tu coño.

Ellos quieren tu culo y tus billetes.

Ellos quieren tu Dios y tus parpadeos devotos.

No quieren tu libertad:

no pueden desear robarte algo

que saben que no tienes.

Ellos quieren tus exudaciones.

Ellos te quieren a ti, tu familia, tu quincena, tu perro, tu póster de los Stones.

Haz tu suma, querido amigo;

y dales aquello que puedas dar.

¿Sabes cuán lejana llega la muerte a sentarse a tu mesa, a levantar la copa, arrodillada frente a tu silencio, para brindar por su advenimiento, siempre tardío, frugal en desdichas, silencioso y derrumbándose en gritos, aparatoso en su sutil huida, halagüeño, fingido, ajeno; siempre la misma llegada, siempre la misma partida, siempre la misma demora?

¿Lo sabes?

Memoria

I

Manos fibrosas

que atan la verbena;

hay un ángel encallado

en el remoto instante del final.

Y si lo beso,

no es amor lo que retorna.

Y si lo amo,

no es su beso lo que me obsequia.

Tiene sabor de sales mudas.

La mutación de las vírgenes

no toma más que un segundo de liviandad.

Las horas no pasan si no pasan en un instante.

Llamo a esto mi testamento…

no tiene más que intención,

carece de sustento, de equilibrio:

no es objeto redimible.

Fausto consumido en una llamarada.

Cristo en un teatro de vodevil.

Ulises lanzando bendiciones en una torre.

Y mi amor cayendo de una sexy escalera.

Inventamos filtro

para depurarnos.

Inventamos filtro

y es imposible.

Ellos no te desean.

La mujer palpita en eyaculaciones

postreras de mil hombres;

mil espectadores que al alba aplauden.

Yo no sé nada de ellos.

Sus nombres me son ajenos.

Sus rostros ofenden a Dios.

Sonrisas tienen, cual cachorros.

¡Vayan hasta ahí las salutaciones!

Casa, árbol, redención y muerte:

sean suficientes pocas mentes

para imaginar de nuevo al mundo.

Ya no más.

Azotan a Pilatos

mientras Jesús aplaude

y el desierto se desangra.

Vasta muerte, llano infértil:

Oh, Yavhé, eres tan cristalino

como un puerco amortajado,

resucitado y redivivo.

¿Y tú qué sabes?

Pide un par de disculpas

y sal con la frente humillada:

sol es tu condena.

El mundo es un espejismo convenido.

Su tacto es la mentira intangible.

Y cuando lo llames por su nombre profano

te responderá, si tienes suerte.

Yo no sé nada de él.

Su madre era una vecina

desencajada por el frío,

de rostro ardiente y ojos blanquecinos.

Haremos que la sangre rime

con las últimas sílabas del encanto:

al recordar la hoguera

se reinventan el fuego y sus cenizas.

Ahora olvidas:

olvidar es el oficio de la memoria.

II

Preguntabas

por el candor, por el abrigo.

Preguntabas

por la llaga fibrosa del costado.

Preguntabas

por el tiempo, por sus centímetros.

Preguntabas

por la vidriosa quimera del otoño.

Y yo respondía

mar

y otras veces

nada.

III

Llego con retraso al recuerdo: intacta reseña

de instantes y cautela, de presencias y omisión.

Fuego de antaño es lo que a mi alma preña

y su líquido se agita, se revuelca con fruición.

El vientre marchito mi arcángel nos enseña:

llagas y pregunta, esta altiva e inédita versión

de la mundana deuda, de aquella antigua seña;

para algunos la bendita, para otros bendición.

Mi memoria es líquida, es remanso; una peña.

IV

Como mujer en brama me acompañas:

obra consumada de la lujuria que te adorna.

Ese abalorio no es lo que te nombra;

lo que te nombra es mi muerte,

y a veces mi ausencia,

y a veces la urgencia de mi memoria.

Tengo siempre la esencia de las rocas

hurgando impaciente mi paladar:

recuerdo de tierra, de senos, sexo,

aquel alimento infausto que era mío

cuando apenas era un niño

y cuando apenas era todos.

Vine aquí para hacerlo todo,

para intentar y reintentar;

vine aquí para ser la tentativa

de un hombre y de un lobo.

Cuando termino mi acto

a veces me aplauden.

Has sabido estar a mi lado:

silenciosa y hablándome siempre,

tan recatada cuando actúas como puta,

opaca cuando intentas ser la luz.

Has sabido estar a mi lado;

huyendo siempre, estando sin estar.

Como mujer en brama me acompañas:

eres mi invierno y eres mi resurrección.

Por ti soy aprendiz cotidiano de mí mismo.

Ignorados

Somos como intactos minutos de papel,

como aviones surcando un reloj.

Nadie sabe del sabor de nuestros años

ni de la sonrisa bobalicona de nuestro Dios.

Extranjeros cuando somos los de aquí;

somos una lejanía que sólo sabe permanecer cerca.

Ignoran de nuestro rostro la latitud

y de nuestro lastre el tonelaje inabarcable.

Y en odio estalla todo aquello

que forma nuestra incógnita.

Somos la gardenia:

intacto jardín de los que esperan.

Aclaración

Si tuviera ojos en los dedos

ya sabría con milimétrica exactitud

dónde tienes el punto G.

Momentáneo

Cuando soy.

Cuando miro.

Cuando dejo de ser.

Cuando me ciego.

Cuando sueño.

Cuando me sueño.

Cuando vivo.

Cuando me vivo.

Cuando muero.

Cuando muero en ti.

Cuando te muero.

Cuando te soy.

Cuando te vivo.

Cuando escucho.

Cuando callo.

Cuando estertores.

Cuando fragor.

Cuando ciudad.

Cuando tiempo.

Cuando te río.

Cuando te siento.

Cuando sulfuro.

Cuando sepulcro.

Cuando me escucho.

Cuando silencio.

Cuando guardo.

Cuando guardo silencio.

Canción de una cuna distante

Noche. Mujeres tibias a quienes prometieron fabricarlas de ardor. La llama última del cielo ha sido desperdiciada en un incendio temeroso; y el incendio destruye, aún ahora, aún dentro de mil años, el último resabio de humanidad. Un niño arriba al horror del mundo, y su arribo se deshace en un alarido. El vientre de su madre no era eterno. Nada lo es, pero él todavía no lo sabe.

Y la noche sabe que las estrellas son un blues de cuna.

El niño podría comenzar por ser un tirano. Establecer su oligarquía en el busto, en el seno de su madre, y traspasar con ella sus propios límites de bestezuela dependiente. Claro que tendrá tiempo: la independencia será un continuo talar árboles; un continuo renacimiento y una continua evocación de la muerte. Porque sólo en la muerte estamos solos y somos eco de otras soledades. La muerte es eterna, pero no existe. Pero él todavía no lo sabe.

Y la noche sabe que en el cielo hay todavía nubes, un húmedo blues de cuna.

La muerte se pasea vestida con un albornoz de seda blanca por la habitación inmaculada del niño. El niño la presiente, sabe intuir en sus movimientos esa verdad que otros ciegos dicen no ver. El niño podría pretender que esa cercanía que la muerte le obsequia le es sedante, y podría quedarse dormido. Porque la muerte es apenas tiempo y lugar y fuego narcótico. Pero él todavía no lo sabe.

Y la noche sabe que en el sueño todos somos enemigos, como en un blues de cuna.

Las mujeres tibias a quienes prometieron ser de ardor se funden en orgías que apenas atañen al niño, en el tiempo futuro que en su tiempo apenas comenzado es todo el tiempo por venir. El niño es acusado de arrebatar futuro a cuanto toca, de vomitar y cagar cuanto en los demás era esperanza. Porque los hombres sólo tienen eso, mínima esperanza de huir con vida. Pero él todavía no lo sabe.

Y la noche sabe que el niño no necesita vida, porque es la noche; porque es un blues de cuna.

Sicigia

I

Tenemos tiempo para reencontrarnos.

En el tiempo todo es reencuentro.

Podremos eclipsarnos o embestirnos;

y reducir a ruinas nuestras órbitas erráticas.

En la tarde clavaremos en cruces

esos dioses que inventamos en el alba…

tan patéticos y ausentes en su luz

que en encuentros y otras almas se desvanece.

Podremos llamarnos sol y luna, tan amargos,

porque tenemos tiempo.

II

Somos la luz en un callejón y basurero;

Prostitutas se ocultan en nosotros.

Somos una niña masturbándose en catedral

cuando las abuelas rezan a un dios desconocido.

En nosotros se cimientan los asaltos

y el ladrón esconde su botín en nuestros sexos.

Nos persigue la policía por salvar nuestras almas

y Cristo nos ruega por un orgasmo que le haga un perseguido.

Somos la sicigia de todos los opuestos…

y cuán mundanos aprendemos a estar juntos.

III

Es nuestra unión perpetua en su mentira.

Sálvame de ser lo que era antes de ser nada.

En ti pongo el cáliz de esa sangre de mesías

que hasta ayer reservaba para mis propios labios.

Ya no la reconozco como mía

y sin embargo está marcada con todo lo que omito.

Ha escapado en ella el animal que me habita

y que en su lejanía me revela como a un telón en llamas.

Cesa la representación, apagan la luz:

En ti soy teatro de silencios compartidos.

Luz inerte

Ciertamente este no es un poema,

sino un saludo obsceno para los dioses.

Despierto; el amanecer es una omisión.
Se renueva en mí la tragedia de lo cotidiano.
Al alba ruge en mí la mirada del universo:
cuanto es diverso se aniquila en mí.
Respiro, y en mi torso se difunde la verdad;
El llamado de mi mundo es continuo, aniquilante.
Mis caricias yacen muertas en la oscuridad difusa,
en la llamarada obtusa que se nombra sol.
El equilibrio depositado en mí me obliga
a ser testigo de mil instantes que en uno solo,
en un único momento de impulso y retroceso,
dan forma a la callada forma del mundo.

¿Ya no es la inefable naturaleza en mí?
¿Hace cuánto que inventé el tiempo
y hace cuánto que el tiempo me inventa a mí?
Silencio me responde, y guardo silencio.
Permito que mis muertos se renueven en lluvia
y es una sola la forma perfecta que se invoca.

La realidad es una ofensa que se difunde

en los rostros de los tontos que la inventan.

Las incógnitas se resuelven en silencio:

pero el peso permanece ahí, tan intacto,

tan puro, tan silente y tan enfermo:

Es un muro apenas pisoteado por el tiempo.

Cuando muero no es fuego lo que invento.

Carezco de respuestas ante la noche.

Las nubes abren su teatro de formas

y la ciudad es un corazón que se alimenta de su cáncer.

Afuera es el silencio, y adentro…

adentro apenas queda de las guerras el impulso.

Mas no es en mí ni en mi invención

donde se resuelven las carencias.

Soy la consecuencia de un minuto delicado;

soy quimera del cielo que navega con el vientre.

¿Cuántos artificios llegarán en la hora amarga?

¿Cuántos mares se anegarán de arena en mí?

No soy raíz en esta tierra;

apenas alzo la vista me encuentro en un sepulcro.

Cuánta lejanía encuentro en lo que me es cercano;

la llaga impávida en el pecho de un hombre cualquiera.

Es de dios esta mirada tan vulgar.

Casi se adivina en ella lo improbable.

Imperios se crean, imperios se eclipsan;

los ángeles sonríen con dientes amarillos y labios de burdel.

¿Cómo consigue el mundo no asfixiarse en su abundancia?

La luz se hace eterna en el incesante correr de las tinieblas.

Quiero escuchar el palpitar de este cementerio

en el pecho diminuto de una mujer de cáñamo;

en algún deshecho sin ofensa ni arrebato

quiero amonestar a las aves por el trémulo ejercicio de su vuelo.

¡Fría atmósfera que se articula de invisibles omisiones!

¡Estúpida mierda que se derrama en el lenguaje!

Esta esencia es tan errática como las horas

que se van persiguiendo en un inmundo amor de tiempo.

Agita en mí la herida, la ofensa de estar vivo.

Y cuando muera deja que mi sangre clame su venganza.

¿Cuántos artificios llegarán en la hora amarga?

¿Serán de silencio el terror y de fuego la añoranza?

Cuando muera quiero ser de tierra y de ceniza,

porque de otra cosa no puede construirse el duelo.

Cuando muera de muerte quiero ser hombre otra vez,

y quiero ser mujer pagana en el recuerdo.

Reprimí mi sexo para la infancia;

lo recobré al encontrarme solo.

Reprimí mi candor para provocar incendios:

¿cómo es que ahora estoy tan frío?

Mi alma será deshielo en la eternidad:

cuando muera quisiera ser tan sólo un muerto.

Un muerto olvidado por los astros;

alimento perfecto para ese insecto que es el infinito.

Un muerto que ha dejado de forjar planetas

en la fragua inquieta de su mente destructora.

Por el dulce embrujo de mis manos inútiles

me he ido construyendo un mundo inhabitable.

Ese mundo es mi ofensa y es mi elogio;

de ese mundo soy la víctima y los ajeno.

Camino en un desierto apenas derribado:

se hacen polvo tras de mí mis pasos, y nadie sigue mi rastro.

Pero irrumpen en mí todos los perseguidores

y dando tumbos vamos tras la sombra de los años.

Cuán estática es la soledad del cosmos

que inventa seres que le puedan dar algo de verdad;

y cuán rabiosa es la muerte de las ciudades

que se crean de crimen y del abandono sangriento de otras obras.

Cualquier pueblo es un pueblo pequeño

en su desoladora impresión de hombres.

Cualquier universo es un universo negado

en su existencia de negrura y soledad.

Siento el calor en mi manos quebrantadas:

reconozco en él a mi dios de primitivo.

¿Pero es éste el sol que te hace mundo?

¿Y es éste el arrullo de universo

que te hace un infante dormido,

un infante dormido de universo?

La alabanza de la muerte no es sino el trinar del ave;

el lamento de un dragón que ha perdido su camino.

Mis alas quieren volver a norte y sur

pero mis pies apuntan siempre al suelo.

Las cadenas en mi espíritu son apenas el plumaje

de un ángel cautivo en el miedo renovado.

¿Cuántas veces he llorado por un ángel en el cielo?

¿Cuántas veces he permitido que la melaza de la tierra se santigüe en mí?

Todas las bendiciones de la vida se resquebrajan

en el último e íntimo segundo de un reloj de arena.

Lo físico se disuelve en la negación de la presencia;

la luz se afirma en el acudir de la noche.

La noche es el alma de Dios

contrita en el aire que se renueva.

El clamor de las víctimas hace húmedo lo húmedo:

las corrientes se agitan de lágrimas y auroras.

La existencia es una pregunta resuelta en dolor;

cuando el tiempo es tiempo se convierte en sangre.

Polvo tras polvo, viento tras viento,

mi humanidad se conjura en ciclos.

Soy hombre y soy mar; un pequeño resabio de universo:

cuanto es diverso se renueva en mí.

Es de blanca y dolorosa nieve estancada

de lo que se agitan mi calor y mi eterna gelidez.

Es de arma y de paz renovada en cenizas

de lo que se agitan las briznas de mi incendio.

Pero la nieve expresa su lívido horror

cuando al calor del cielo se derrite;

y mi arma es sólo mi brazo extendido,

soy yo que me proclamo dador de muerte.

En mí descansan todas las tragedias:

los números extraños del hombre y la mujer.

Mujer es luz del sur, marea del sur,

desgracia de un arco iris temeroso.

Hombre es pretendido norte de cualquier camino,

amargo extravío en la rosa de los vientos.

Intentos de ser, agravios de ser:

errores de mil dioses que se representan de silencio.

El pavor de todos nuestros hijos resulta cierto:

con Dios en contra comienzo a tenerlo todo a favor.

Si consigo con sangre ser el cosmos

la sangre de otros me señalará culpable.

¿Cuantos artificios llegarán en la hora amarga?

¿De cuántas consecuencias seremos capaces?

¿De cuántas omisiones y de cuántos arribos demorados?

¿De cuántas raciones de amor se hará nuestra saciedad?

Oh, desierto herido de luz y de ausencia

en el que morir no significa nada…

Oh, sendero tortuoso del altiplano

en el que el discurso del sol se difunde…

¿Podrán guardar todo este silencio

en alguno de sus álgidos rincones?

¿Podrán guardar toda esta muerte

que mi muerte ocultará en sus estrías?

Mis pasos disueltos en níveos venenos,

¿podrán encerrarlos en su heroica memoria?

No habrá nunca mejor muerte que la mía:

todo está consumado; vuelvo al infierno.

Será eterna en mí la consecución de los astros…

uno tras otro se rebelarán en su caída.

Cesará en mi tumba esta oscura consunción;

esta rapiña se volverá apenas evocación de sí misma.

Ante mi partida estalla el mundo en palmera;

el mundo naufraga en mar y pronuncia exequias inacabables.

¿Es por mí todo este luto simulado?

¿Es por Dios que todo esto se hace tan divino?

Entran en mí iglesia por iglesia, crucifijo por crucifijo:

en el mundo se simula una sonrisa hasta ayer cautiva.

Todos los elefantes aquí están hechos de barro quebradizo;

Todas las hormigas son impacientes precipicios en su diminuto anhelo.

En lo más pequeño se adivinan las grandezas;

en lo más lejano finalizan todas las cercanías.

Agonías embriagan a este vampiro insaciable:

este mundo que se alimenta de los sueños de los hombres.

Es la vigilia urbana que en mí finaliza:

basta ver el sepulcro vacío para saberse muerto.

Prostitutas y aderezo a la sombra de los edificios:

retórica de hombres que hablan el asfalto.

Soledad del hacinamiento, levedad umbría.

Cacería en unas selva sin distancias.

En mí la sed se resiste a ser saciada:

mi humanidad se harta de cuanto se cruza en mi camino.

Soy veneno al soportar todo el veneno:

esta ponzoña en la que cantan la vida y su apogeo.

Vivo al estar condenado a muerte;

muero al darme cuenta de que vivo.

Vivo, presente sin remedio y sin refugio:

estalla en llamas la poca elocuencia que se me permite.

Risas que se revuelcan en la boca de un volcán.

Llanto en la lluvia y en la pesadilla de los ríos.

Todo guarda silencio en esta huida estrepitosa:

este último recurso de mi alma en explosión.

Ya no queda mar en mis ojos henchidos de calumnias;

la observación de la mentira ha agotado mis lágrimas.

Voy a morir en rabia, voy a morir en mí

porque ya no hay tierra que soporte mi cercanía.

Alejaré de mí la sinfonía de Dios

para que sus notas se alimenten de mi escarnio.

Puedes meter la mano en la llaga de mi costado:

jamás reconocerás en mí al mesías que esperas.

Soy tan indigno de la vida y sus evoluciones;

la vida es indigna de un muerto como yo.

Voy a regresar al vientre en llamas de mi madre;

el llanto de mi padre escurrirá un poco del semen que me concibió.

¿Cuánto silencio dejarán escapar las aves en mi sepulcro?

¿Es el silencio luto o es apenas un ruego simulado?

El lamento que he heredado dulcemente

sabrá con amargura que ha sido postergado para siempre.

Esas omisiones serán fuego y honor:

cuando muera quisiera ser tan sólo un muerto.

Un muerto que se apaga con el sol

y que llora con la sangría de las nubes.

Ya no necesitaré apagar mi soledad en cuerpos,

ni arrastrar mi cuerpo en un sexo solitario.

Mis ojos ya no serán estío, ni mis manos

se desharán profanando otros ojos, otros muertos.

Los años ya no serán contados en mi camino;

y los pasos ya no dejarán huella ni tiempo.

Dejarán de salvarme, dejarán de perderme:

sólo podrá haber olvido y un par de risas rabiosas.

Ya no habrá lugares vacíos ni espectadores ausentes

para el pavoroso espectáculo de mi tristeza.

¡Que me trague la tierra!

¡Que me desaparezca y que me olvide!

Ya no más este bosque en tinieblas

en el que he buscado ser un hombre.

Ya no más este desierto irresoluto

en el que he medido mis distancias.

En mí te has acobardado,

te has acabado en un segundo, en uno de mis parpadeos;

has perdido en mí el tiempo de la huida

y has atisbado en mí, a hurtadillas, buscando tu respuesta.

En mí te has salvado de movimientos

absurdos, distantes, ladrones y amargos;

en mí te salvas de ser noche y te salvas de ser luz;

en mí has encontrado una víctima cotidiana.

¡Que me trague el cielo!

¡Que me eleve y me deje caer eternamente!

¡Que me haga ángel evocado en demonio

y me haga amor disuelto en levedad!

Durante el tiempo que hicieron de mí alma convulsa,

nadie adivinó que en un estallido se irían mis últimos minutos.

Calle el mundo, calle el mar y su lamento;

de nada sirve ya que lloren los crepúsculos.

Déjense hundir las montañas en los abismos;

de nada sirve ya su altiva indiferencia.

Déjense morir los niños en este instante

y dejen que los adultos se mueran en su esperanza.

Derrúmbense las ciudades y los templos,

y dejen que en sus ruinas palpiten los horrores.

Ya nada significa la pureza, ya nada dicen el amor y el tedio:

sólo quedan hombres reflejados en la luz inerte.

Y si no es muerte lo que somos todos

que los inmortales arrojen la primera piedra.

La paz del mundo es un viento estéril:

cuando despierto el mundo es omitido.

Aplaudo la muerte inacabada del universo;

cuanto es diverso se muere en mí.

Ya no espero artificio ni divinidad:

la hora amarga pasó hace mucho tiempo.

Abundancia

Para Luisa.

No hay futuro:

así el pasado podrá ser resuelto.

El amor es lava cristalina;

hace tanto que muero en frío.

Un árbol me ahorca;

el péndulo es mi alma evocada.

Brazos me ahorcan:

soy yo mismo; me desconozco.

Te amo en número;

amo de ti la incierta abundancia.

Eres la tumba:

en ti se añora la asfixia, se evoca.

Contienes el mar:

cuanto hay en ti es universo y amplitud.

Ardo en luz;

y en sombra soy tu sexo.

Tiempo, tiempo sobra

y termina rápido y se prolonga.

Y si mañana eres no,

en mi sí de muerte moriremos ambos.

Ambos, seremos ambos:

No hemos descifrado nuestra incógnita.

No hay pasado:

así el futuro podrías ser tú.

Lista de compras

Queremos respeto.

Queremos ser felices.

Queremos amar y

Queremos ser amados.

Queremos un nombre.

Queremos un hogar para volver a él.

Queremos creer y

Queremos dudar.

Queremos ser humanos para dejar de serlo.

Queremos todo;

Queremos estar muertos, y no dudamos en estarlo.

Posteridad de la luz

Fuerza divina atrapada entre dos muros;
la mujer duda en un lecho mitad serenidad
y mitad crucifixión e incendio remanente.

Ella ama a un dragón amortajado:
su carne es tenue y apenas la defiende;
él le agrede al no poder dejar de ser.

Antes de Dios hubo sólo vacío y antes
la pena de no tener un Dios.
Cuando Dios haya partido habrá vacío
y la pena habrá sido en vano.

Ella carece de religión, mas reza.
Carece de fe y obra milagros.
Carece de vocación y aún así hace la guerra.

La fuerza se le escapa en impulsos repentinos;
quisiera preservar sus armas de la vigilia;
y quisiera ser ella misma el armisticio.

Antes de la noche hubo tarde y desahucio,

y antes la mañana eternizada.

Cuando la noche haya partido habrá tarde

y la mañana será postergada.

¿Cuánto podrá su amor ser amor en este frío?

Sus ojos son luminosas cuentas vencidas;

sus ojos son la posteridad de la luz.

Ella ama a un dragón:

ama en mí lo subterráneo, lo oculto eternamente;

ama en mí todos los naufragios.

Somos todos

El demonio está metido en un rincón del prostíbulo;

una pequeña maleta de viaje.

Sus huevos rebotan bajo sus pantalones.

Sus manos juguetean con el liguero

de la pequeña martina, josefa, josefina;

la fina mujer que le da hogar y veneno.

Cuánto quisiera el demonio verla muerta

en un cuarto de azotea, en un vaso de tequila,

en un caldeo de hombres gays del mercado viejo.

Verla muerta en el reflejo sangriento del metro:

un ángel acuchillado en el animoso garibaldi.

Mujeres buscan al demonio luego de bailar

en la iglesia de santos y de muertos:

algunas parecen tristes, martina, josefa, josefina;

esos fantasmas taloneados por el tiempo.

Pero el demonio las estima con su amor padrote:

sus huevos son grandes, y rebotan.

— ¡Ellos saben quiénes somos! —

grita alguien desde un portal oscuro,

oculto en la sombra prolongada de la tarde.

— ¡Ellos saben quiénes somos! —

gritan los polis mientras entierran lentamente

cadáveres que les son desconocidos y remotos.

Y el demonio se sonríe en su rincón;

junto a él muere un tequila desahuciado…

Él sabe quiénes son todos y sin embargo

al no saberlo los ignora: son desconocidos.

Las putas bailan sobre incendios ajenos:

cuando enseñan el coño escurren tedio y cenizas.

— ¡Ellos saben quiénes somos! —

gritan. Ellos saben que el demonio

somos todos.

3 de Octubre, 1997.

Septiembre 1996 - Octubre 1997.

México, D. F.

México, país.

Índice

Odas de Vencido 5
Panorámica de ciudad 7
Poema de la selva 9
Mirando vampiros 10
Significado 11
Égloga del carnicero 12
Amores sin nombre 13
Escrutinio 15
Abigail 17
Estando 19
Fe 20
Arlequín 21
Cáustico Hogar Peligro… 24
Niñas en jaulas 25
Conjuro 27
Verbena 29
Vómito 30
Cuando muero 32
Invicto 33
Cuando un hombre pide… 38
Inventar un rostro 39
Yage 40
Oficio compartido 41
¿Motivos? 46
Fuego 47
25 48
El bosque de empalados 50
Bajar la guardia 51
¿Sabes cuán lejana llega la…? 52
Memoria 53
I 53
II 55
III 56
IV 57

Ignorados 59
Aclaración 60
Momentáneo 61
Canción de una cuna distante 63
Sicigia 65
I 65
II 65
III 66
Luz inerte 67
Abundancia 79
Lista de compras 81
Posteridad de la luz 82
Somos todos 84